

estaba del todo ciego. Acaeció, que dos religiosos Sacerdotes de San Francisco, caminando, llegaron á pedir de limosna hospedage en su casa. Hizolos recibir con muy cortés comedimiento, agasajóles y regalóles cuanto pudo, por lo que salieron ellos notablemente agradecidos. Llegaron á su Convento, y una noche á uno de ellos se le apareció su Seráfico Padre San Francisco, y le dijo: Mira que aquel hombre que te hospedó, está ciego por estos y estos pecados que cometió, (dijoselos) y pues tú tienes autoridad de absolverlo, anda y hazle que los confiese. Volvió el Sacerdote, cogió aparte á Gerardo, djole sus culpas, de que él atónito y muy arrepentido se confesó, y recibiendo la absolución, recibió la vista, abrió los ojos con increíble regocijo, y abrió mejor los del alma para lograr la gracia. ¡Oh, si así abriéramos los ojos todos á conocer esta soberana potestad de los Sacerdotes, para reverenciarlos y servirlos, y para lograr con nuestro arrepentimiento y disposición aquel, *Yo te absuelvo*, que nos abre el cielo y que nos desata el alma para que pueda ir á gozar de la gloria.

DEL SANTO SACRAMENTO DEL MATRIMONIO.

PLATICA LVII.

DE LA ESENCIA DE ESTE SACRAMENTO, Y CÓMO NO ESTORVA A LOS
QUE LO RECIBEN PARA QUE SIGAN LA VIRTUD.

A 19 de Setiembre de 1694.

¿QUÉ le faltaba al mundo cuando la mano de Dios acababa de fabricar su hermosura? ¿Qué se echaba de menos en el Paraíso cuando el conjunto de todas las delicias colmaba su belleza? ¿Qué le hacia falta al hombre cuando lleno de todas las perfecciones, y hecho Vice-Dios en la tierra, tenia sobre todas las criaturas el despótico absoluto dominio? ¿Quién lo pudiera responder si el mismo Dios no lo dijera? Faltábale al mundo en las alternadas mutaciones de su permanencia, generaciones sucesivas de hombres que lo gozaran; faltábale al Paraíso en la tropa de sus deleites, la

dulzura de un amor casto que todo lo sazónara; y faltábale al hombre en la cabal perfeccion de su grandeza la amable compañía, en que reclinado el corazón hallara su descanso: *Non est bonum hominem esse solum, faciamus ei adiutorium simile sibi.* Al mundo en fin, al Paraíso, al hombre para el lleno de su perfeccion, faltaba un matrimonio. Y si este fué el último adorno en la fábrica material de la naturaleza, éste le faltaba tambien en la máquina hermosa de la Iglesia, para llenar por todas partes sus mas bellas perfecciones á la gracia. Si-guese pues, despues de haber visto formados los mejores cielos, prevenidas las brillantes lumbres en todos los demas Sacramentos, fábrica hermosa de la Iglesia, ver en el gran Sacramento del Matrimonio las últimas perfecciones que la adornan. Poco hay que explicar en esto, que aplicar mucho, porque poco acerca de sus obligaciones se ignora, mucho se desentiende. ¡Oh, si para acordarlo tuviera yo de un San Pablo llamas por voces, fuego por palabras, para que á tantos á quienes este divino nudo ata para la gracia, no les sirviera del mas funesto lazo para la eterna pérdida! Confieso que hablo siempre con grande miedo á los casados, porque no quisiera que mis voces fueran á mas terrible condenacion mas argumento. Mas ya que la obligacion me insta, diré lo que los divinos oráculos nos enseñan. Hoy, aquella Señora, Madre purísima de las Vírgenes, honra suprema del Matrimonio, que en la primera vez que desplegó sus lábios para pedir á su Hijo que ejecutara tambien el primer milagro, fué en unas Bodas, donde convertida el agua en vino, mostró el prodigio la elevacion que tiene sobre lo natural este Sacramento; esa Madrina soberana nos influya á to-

dos: á mí dignas palabras, á mis oyentes debidas atenciones: á mí aquella luz de doctrina que aproveche, y á los casados todo aquel conocimiento, que suavizándoles las molestias, les acaudale en su estado las mayores glorias.

Fué, pues Dios, ya lo dije, el Autor Soberano del Matrimonio, cuando luego, luego de fabricado el mundo, no quiso que Adán quedara solo; y para esto, formándole, mientras dormia, de su costilla la muger, se la puso delante ya bien despierto; y juntándose primero con el amor las almas: esta es, prorrumpió Adán, hueso de mis huesos y carne de mi carne; por ésta dejará el hombre á su padre y á su madre, y acompañará inseparablemente unido á su muger. Y hé aquí el primer Matrimonio del mundo, siendo el mismo Dios el Parainfo, ó por decirlo en nuestra voz, el Casamentero. Pero eso fué quedándose solo en lo natural el Matrimonio, solo en un sér de puro contrato civil, en que corrió por tantos siglos en la Antigua Ley. Pero ya en la Ley dichosa de Gracia, ¿quién elevó ese contrato al soberano sér de Sacramento? ¿Quién, la que sola era una débil atadura de la naturaleza, la pasó á ser indisoluble dichoso vínculo de la gracia? ¿Quién, lo que solo se quedaba en unidos afectos de una natural inclinacion, lo pasó á ser ya representacion soberana del mas alto misterio? El mismo Hijo de Dios, que lo que antes habia sido medio á la propagacion del humano linage para poblar de hombres el mundo, lo cogió ya por instrumento á la generacion, no de hijos que solo ocupen y llenen la tierra, sino de hijos descendientes que pueblen el cielo y que llenen las sillas bacias de los Angeles. Uno y otro, aquel primer Matrimonio *Contrato* solo, y este segundo

Matrimonio *Sacramento*, ambos son obra de Dios; ¿pero con cuánta distincion, cuánta ventaja? Doime á entender con esto: Formó primero Dios una muerta estatua de barro; esa fué Adan, de la primera mano, aunque mano de Dios; y despues, inspirándole su divino aliento, le infundió el alma, que fué formar al hombre: ¡cuán elevada ya! ¡cuán distinta de lo que antes era! Figuraos pues que así procedió su Magestad en el Matrimonio. Lo hizo su Magestad mismo allá en el principio, no podemos negarlo; pero allá no hizo, por decirlo así, otra cosa que una muerta estatua de barro, dejando el Matrimonio en su puro estado natural, todo de tierra, hasta que pasados ya tantos siglos, venido al mundo su mismo Hijo, fué él quien animó aquella estatua con un espíritu divino, levantando el Matrimonio al soberano grado de Sacramento. Hay pues, entre aquellos Matrimonios de todos los antiguos, y estos Matrimonios de los cristianos, la diferencia, la distincion que vá de Adan cuando solo era una muerta estatua de barro, á Adan cuando gozaba ya el espíritu de la vida. Uno y otro fué obra de Dios; pero en el primero era solo una fábrica de lodo; en el segundo era ya una imagen viva de Dios.

Por eso, si á aquel primer Matrimonio se le habian introducido abusos y corruptelas, cuales eran en la Ley Vieja, poder un marido tener muchas mugeres, poder darse libelo de repudio con que mutuamente se separaban; lo primero que hizo Nuestro Señor Jesucristo, fué podar esta vid de esos viciosos ramos, volverla á sus principios: *Ab initio non fuit sic*, dice su Magestad al diez y nueve de San Mateo; *Sed masculinum, et feminam fecit eos*. No fué así, les dice, en su principio, sino

que un hombre solo y una sola muger eran los que formaban el Matrimonio, y entre esos, los que juntó Dios, jamas podrá separarlos el hombre: *Quod Deus conjunxit, homo non separet*. Y hé aqui reducida ya á su primer principio la materia del Matrimonio, y añadiéndole su Magestad con la mas soberana significacion que representa, la gracia que á los casados les dá, elevando ya aquel que sole era contrato, á ser ya grande Sacramento. ¿Pero qué representan un hombre y una muger que se casan? Aquí, si despertara la fé, ¡oh, cómo dejados los mas viles motivos, se levantarian en los corazones los mas altos y sublimes sentimientos. Representan y retratan, no menos que al mismo Hijo de Dios, que saliendo del seno de su Padre, se vino á desposar con su Iglesia; ¡con qué fineza de amor infinito! ¡con qué liberalidad tan inmensa, que siendo ya lo menos sus tesoros todos que le dá, le dió á esta esposa sus trabajos, sus cuidados, sus solicitudes, sus ancias, su vida en fin, y su sangre toda! ¡con qué union tan indisoluble, que de esta su querida esposa jamas lo apartarán las eternidades! Esto, pues, es lo que representan y retratan cada uno y todos los que se casan. ¿Qué no se quedan solo en aquel natural quererse? ¿Qué no pára solo en aquella exterior accion de darse las manos? ¿Qué no tiene por su fin motivos carnales, intereses viles, intentos torcidos, sino representar á un Dios unido con su Iglesia? Gran Sacramento es éste, levanta el grito al orbe San Pablo: *Sacramentum hoc magnum est, ego autem dico in Christo, et in Ecclesia*. (*Ad Ephes.*)

Y qué mucho ya si el mismo Apóstol afirma lleno de reverencia: *Honorabile connubium in omnibus, et torus immaculatus*. (*Ad Heb. 12.*) ¡Oh

estado digno de honra por todos lados, lleno por todas partes de decoro, y merecedor de muy grande veneracion! Si se mira su Autor, ¡qué soberano! Si su reformador, ¡qué divino! Si su antigüedad, ¡es como el mundo! Si sus frutos, ¡han llenado la Iglesia! Si sus provechos, ¡mantiene el lustre todo de la cristiana República! *Honorabile connubium in omnibus.* Gloriase, dice Guillermo Peraldo, cada Religion de tener un gran Patriarca: ya á San Benito, ya á San Basilio, ya á Santo Domingo, y así de los demas esclarecidos fundadores de las religiones; pero la estrecha religion de los casados tiene por su fundador al mismo Dios: por su antigüedad se cuenta con el mundo, y por sus frutos ha llenado y llena la Iglesia: *Honorabile connubium in omnibus;* digno de honra en todo el Matrimonio, en lo que le precede, en lo que le acompaña, en lo que le sigue. Consiste, pues, toda su esencia en el consentimiento mútuo del hombre y la muger, siendo personas legítimas, manifestado con las palabras ó con las señas, delante del Párroco y testigos, de que resulta el vínculo y el nudo, que despues de consumado el Matrimonio no le puede separar sino la muerte. De modo, que el Párroco que asiste para que sea válido el Matrimonio, no lo asiste como Ministro, que solo lo son el mismo marido y la muger, sino como quien representa á la Iglesia que los admite. Y á esta indisoluble ligadura se sigue, el que viviendo ambos, ninguno puede casarse con otro, si no es que la muerte, desatando este nudo, les dé, como cada dia vemos, la licencia.

Cosa increíble parece la que voy á referir, pero del todo cierta, dice San Gerónimo. (*t. I. Ep. Ad. Geronsiam.*) Viviendo yo en Roma, hubo allí una

muger que habia enterrado seguidos veintidos maridos, y un hombre que contaba ya sobre veinte mugeres. Casáronse estos dos, y se hizo célebre la competencia, á cuál venciera. Venció en fin el marido, y con gran concurso del pueblo, coronado de flores, y con palma en la mano, lo llevaron por delante del entierro, dándole en vez de pésames, festivos parabienes de su victoria: *Vicit maritus.* Mas todavia él con ésta llevaba veintiuna, y la muerta llevaba veintidos; así es que todavia quedó la victoria dudosa.

Mas si es del todo cierta la gracia que en este Sacramento se dá á los que bien dispuestos lo reciben; si esta gracia la dá Dios para suavizar las molestias, para fortalecer los corazones, para mantener en la paz y el amor á las almas, ¿por qué este estado instituido por Dios, este Sacramento enriquecido con los méritos y Sangre de Jesucristo, se ha de poner excusa para no servirle, y se ha alegar por embarazo para no entregarse todos á agradarle? Yo confieso que lo que vá del sol á las estrellas, eso se aventaja por sí la virginidad al Matrimonio: que lo que vá de la concha á la perla, eso lleva de mas valor por sí el estado de total pureza y continencia, á las licencias y permisos, aunque lícitos, del estado conyugal. Sé, y me lo enseña San Pablo, que en la virginidad y continencia se puede entregar el alma toda entera y sin embarazo á Dios: que en el Matrimonio es forzoso dividir los cuidados, ya al mundo, y ya á Dios, ya á la propia muger, ya á los hijos, y ya al propio espíritu y sus provechos. Mas con todo eso, si en este estado se aplican, como deben, las atenciones; si se emplea de veras el alma á buscar los agrados de Dios en todo, ¿á cuántas vírgenes les

hacen á los ojos de Dios, no pocas casadas grandes ventajas en las virtudes? ¿A cuántos religiosos les ganan mas de cuatro Matrimonios en los méritos? Sabido es aquel caso, cuando al gran Panufio, asombro y pasmo de los desiertos, le mostró un Angel que se le aventajaban en la virtud dos casados. No es el estado, pues, el que embaraza, cuando antes de sus mismas molestias se puede fabricar con la gracia la mas resplandeciente corona.

Oíd, casados, al gran Crisóstomo: *Audiant viri, et mulieres, nec putent nuptias in causa esse, quo minus quis Deo placeat.* (t. 1. hom. 21.) Casado era Matusalén, y con hijos, y le robó á Dios los agrados: *Et placuit.* Casado era Isaías, y con hijos, y alcanzó á ver en el Trono de Dios volando los Serafines: *¿Cur non recte vivis?* ¿Por qué no vives bien casado?—Porque no puedo, responden, si no me aparto de mi muger: *Quia non possum, inquit, nisi divertam ab uxore.* (Idem, t. 1. hom. 4. de Verb. Isa.)—¿Qué mala respuesta! No es el matrimonio el que embaraza: *Non obstat matrimonium.* ¿No tenia muger Isaías, y era en los vuelos de su espíritu extático? ¿No tenia muger Moisés, y era en sus prodigios admirable? ¿No hablaba con Dios cara á cara siendo casado? ¿no dividia los mares? ¿no turbaba los aires? ¿no detenía de Dios las iras?—Sí; mas no tendria en casa impertinencias.—No le faltaron á Sara, y fué santa, ni dejó por eso Abraham de ser en su matrimonio admirable.—Así es; pero no era esa muger de tan perversa condicion.—Éralo, y muy perversa la de Job, y fué la corona mas preciosa de su paciencia. ¿Mas que he de oír excusas que iremos otras veces viendo? Lo cierto es, que este estado santo no es el que estorva las virtudes; lo

cierto es, que en este estado puede ser cada casa un Templo, puede ser cada familia una Iglesia en que se ofrezcan á Dios muy agradables sacrificios: *Saluta Priscam, et Aquilam, et domesticam Ecclesiam eorum,* escribia á los romanos San Pablo. (Ad Rom. 16.) Saluda á Aquila, y á su muger Prisca con toda su doméstica Iglesia. Así apellidada á su familia, dice Teofilato, por su gran piedad y virtud. Concluyo pues, deseando con mas razon que lo deseaba el grande San Ignacio Mártir. (Ep. Ad phil.) Ojalá, decia, que en el cielo alcance yo lugar á los pies de muchos casados que allá están: *Non quod vituperem divos, quod rei uxoriae se dederint, opto enim, ut dignus sim in Regno Coelorum ad horum pedes locum mihi dari.* Ojalá, repito yo con toda mi alma, y no digo á los pies, sino mucho mas abajo me pudiera hallar en la gloria de los grandes Luises de Francia, de los Fernandos admirables de España, de los Leopoldos de Austria, de los Henricos y Conrados del Imperio. ¿Mas qué refiero catálogos que fueran innumerables?

Refiere Casiano, que viniendo un pobre labrador á ofrecerle sus primicias al Abad Juan, venerable por su santidad en aquellos desiertos, lo halló que hacia mucho tiempo que estaba batallando para lanzar al demonio del cuerpo de un miserable; y si bien el Abad habia repetido los preceptos, las oraciones, los exorcismos, estabase el demonio terco, cuando aquel pobre labrador rústico llegó con su ofrenda; y apenas llegó, y al saludarlo repitiendo su nombre, cuando el demonio estremecido y temblando, con un grande alarido dejó al miserable que poseía y se fué huyendo. Asombrado el santo Abad al ver esto, le preguntó qué estado te-

nia, qué ejercicios y qué virtudes.—Soy casado, le respondió, y me ocupo en la trabajosa vida del campo.—Sí, le instó el Abad; ¿pero en esto cómo vives? ¿qué virtudes son las que ejercitas?—Yo no sé, dijo, de mí nada bueno, sino que todos los días, ni voy al campo sin ir primero á la Iglesia á pedirle á Dios su favor, ni vuelvo del campo sin ir á dárle las gracias por sus beneficios, ni jamas toco mis cosechas sin pagarle á Dios primero sus primicias: tengo gran cuidado de no hacer ni el mas leve daño á mis vecinos. Todo esto aun le parecia poco al Abad Juan. Preguntóle si habia mas; y él obligado á sus instancias: Once años ha, dijo, que soy casado, y he vivido con paz, con amor y con quietud con mi muger, no habiendo dia en que juntos no hagamos algo del agrado de Dios; y por último, ofreciéndole á Dios nuestra castidad, vivimos como hermanos, sin haber faltado aun en lo mas leve á la pureza. Conoció entónces el santo Abad las ventajas con que, aun solo á su nombre se estremeció huyendo amedrentado el demonio. ¡Oh, si así huyera vencido de las virtudes de muchas casas donde reina! ¡Oh, si en este estado santo se supiera lograr la gracia sacramental que en él se recibe, cómo de los mismos cuidados se fabricaran virtudes, y del nudo indisoluble de dos cuerpos se forjara la corona mejor de dos almas, para que al desatarse el uno con la vida, la otra se eternizara con la gloria.

PLATICA LVIII.

DE LA INTENCION QUE SE DEBE LLEVAR EN EL MATRIMONIO, LOS MEDIOS PARA CONSEGUIRLO, Y QUE SOLO DIOS ES EL QUE DA LA MUGER A PROPOSITO.

—
 A 20 de Setiembre de 1694.
 —

Si el echar entre festivas voces, aclamaciones y salvas, un hermoso recien fabricado Galeon: si al sentarlo entre comunes regocijos ya sobre la orilla, él tuviera ojos para ver el hondable sobre que asienta: si tuviera razon para ponderar la inconstancia sobre que estriva: si tuviera entendimiento para discurrir sobre todo el mar de peligros y de trabajos que le queda; los que al sentar en el agua son vaivenes su máquina, fueran máquinas estremecidas de su susto: los que son crujidos de sus reseca maderas, fueran de su corazon quejas sentidas: los que son balancés de su peso, fueran temblores de su pesadumbre: ¿á tanto mar? ¿á tanto escollo? ¿á tanta tempestad? ¿á tanto riesgo? ¿á los vientos, que por todas partes me sacudan? ¿y